TRES SIGLOS ENTRE DOS POSICIONES

Está fuera de discusión que la poesía no puede desconectarse de su ámbito histórico. No comprendo cómo hay todavía quienes creen que la poesía es una especie de feto conservado en alcohol, a prueba de exteriores vivencias. Hasta qué punto lo histórico condiciona al poeta, lo he comprobado constatando dos trozos de poemas escritos por dos poetas geniales: Lope de Vega y Rubén Darío.

Lope, en los versos finales de su poema "A don Juan de Arguijo, Veinticuatro de Sevilla, dedicándole la Parte Primera de las Rimas", dice así:

> Para mayores cosas
> levanto el armonía
> del plectro que solía
> tratar las amorosas,
> por ver si el laurel verde
> hallo en las armas, que en amor se pierde.

Lope busca el laurel, la sensación de victoria. De pronto, olvidados los escarceos amorosos, desea centrar un afán de plenitud poética e histórica. España, cuando Lope escribe las *Rimas* y los versos arriba citados (1605), todavía conserva un vuelo de bandera vital. Ya la España imperial de Carlos V o la hermosa y defensiva de Felipe II se estaba enflaqueciendo en el tiempo, en el recuerdo; pero los españoles de principio del XVII aún alardeaban de destino histórico. A pesar de algunos descalabros recientes, Lope recuerda para su gozo interior la expedición a las Azores, en 1583, en la que intervino; y en 1598 se había firmado con Francia la Paz de Vervins. España se miraba en sí misma y se enorgullecía. Todos los triunfales descansos posbélicos son narcisistas.

Lope recoge aquel anhelo épico, y se dispone a hallar el "laurel verde" en las armas. Basta de amores y amoríos. Y escribe los veinte libros de la *Jerusalén conquistada,* aparecida en 1609. En este poema épico, España—de mano de Alfonso VIII—representa un providencialismo universal muy de la mentalidad del español de la época. Lope ejerce de notario de un resumen deslumbrante, de una herencia gloriosa.

Tres siglos justos más tarde, un poeta, Rubén Darío, da a la estampa sus *Cantos de vida y esperanza.* En este libro hay un poema, "Los cisnes", en donde se leen estos versos:

Faltos de los alientos que dan las grandes cosas,
¿qué haremos los poetas sino buscar tus lagos?
A falta de laureles son muy dulces las rosas,
y a falta de victorias busquemos los halagos.

En 1905, a los siete años del Tratado de París, España se mira las heridas, se contempla a sí misma, pero ahora es una meditación de miseria. La posición de Rubén es la inversa de Lope. Parece como si los dos poetas fuesen uno mismo, puestos en distintas épocas y circunstancias. Rubén abandona las victorias, los laureles, y se defiende en rosas y halagos, en amor carnal. Ahora no hay "grandes cosas".

¿Qué ha ocasionado, después de Rubén, esta inversión, este giro de noventa grados? Rubén aún pudo salvarse, porque tenía demasiada genialidad para caer en lo predicho. Cierto que él denuncia el pesimismo, se ensimisma a veces de decorado amor. Aunque confesara la decepción y el cambio poético, no es él quien ha causado el estrangulamiento de la gran poesía. Detrás de Rubén, la poesía, falta de su paralelismo de plenitud histórica, ha ido achicándose, metiéndose en un lirismo excesivo, y hoy, en 1962, es preciso, fatal, que las ventanas se abran y el poeta sea un hombre que lleve, como una tea, la promesa de salvación, de esperanza en el hombre supranacional. Un nuevo aliento se anuncia, una nueva fe, un nuevo clamor.

Recordemos hoy, simplemente, el giro que da España con su poesía en tres siglos exactos. Lope y Rubén, dos testigos magníficos, nos enseñan cómo el poeta depende de su tiempo y tiene que integrarse en su evidencia histórica.



MANUEL MANTERO